

JOHANNA LOZOYA, *Las manos indígenas de la raza española. El mestizaje como argumento arquitectónico*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010, 214 pp. ISBN 9786074554267.

Sean bienvenidos los libros que reflexionan sobre la arquitectura mexicana, más aquellos que lo realizan con miradas multidisciplinares, que por igual involucran a la historia, la cultura y el pensamiento teórico arquitectónico, como es el presente ensayo de Johanna Lozoya.

Por años la autora se ha dedicado a la historia cultural de la arquitectura y por ende a su historiografía. Siendo su atención los imaginarios que recrean y a la vez transmiten los discursos de la arquitectura, no necesariamente históricos, en esta oportunidad nos presenta los resultados de sus exploraciones a los olvidos historiográficos y la relación de éstos con la construcción de identidades y esencias. Ya en anteriores artículos y ensayos de su autoría ha analizado las motivaciones y los argumentos que historiadores y críticos han esgrimido para clasificar y calificar a la arquitectura, y como ejemplo de ello hay que mencionar *Arquitectura escrita* (INAH, 2009), un libro que recoge la experiencia del Primer Congreso Internacional de Historiografía de la Arquitectura (Facultad de Arquitectura, 2005), en donde además de coordinarlo, junto con Tomás Pérez Vejo, escribe su Introducción y publica “Invención y olvido historiográfico del estilo colonial mexicano”, un artículo que se antoja antecedente del ensayo que se está reseñando. *Las manos indígenas de la raza española, el mestizaje como argumento arquitectónico* es, pues, la continuidad y el cierre de una larga investigación.

Cuatro capítulos constituyen *Las manos indígenas*, a los que antecede un prólogo, escrito por Enrique X. de Anda Alanís, investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, y una introducción, a cargo de la autora, con bibliografía e índi-

ce onomástico al final, e ilustraciones en blanco y negro intercaladas en cada capítulo. El tema es el cuestionamiento de por qué los discursos sobre arquitectura han reparado en las características formales, ideológicas y significativas que hacen “mexicana” a la arquitectura edificada en el país. Al ser el mestizaje una noción que invariablemente envuelve a las producciones culturales, la investigadora se detiene en ella y nos proporciona un análisis de las implicaciones que en lo historiográfico y cultural ha traído consigo. Como anota en su Introducción:

El desconocimiento de lo mestizo como una compleja construcción cultural histórica se presenta en proporción directa a la *creencia* de una esencia mestiza natural que irradia cualquier experiencia estética mexicana, salvo aquellas, claro está, que son producto del immaculado mundo indígena contemporáneo [...] Inicio mi propia reflexión parada sobre los callejones historiográficos en los que prevalecen historias político-ideológicas y estéticas de la arquitectura nacional.

¿Cuántas veces se ha pensado que existe una “esencia” mexicana que hay que redescubrir cada vez que se siente resquebrajada o amenazada la identidad? ¿Cuántas veces se ha pensado que esa esencia se encuentra en el componente indígena de lo mestizo, más que en el español o hispanico? Preguntas de este corte guían los argumentos que se exponen a lo largo de los capítulos para demostrarnos el papel que han desempeñado cada uno de los elementos de la fórmula en la que recae la identidad, lo español y lo indígena, y cómo han sido interpretados en el tiempo. Para el estudio, el tiempo que se ha seleccionado es el que media entre la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años de la década de los treinta, con referencias a las interpretaciones que han prevalecido hasta el siglo XXI. Periodo propicio para el análisis porque conforma una etapa de nuestra historia cultural en la que se configura ideológicamente la nación, se seleccionan sus sím-

bolos, se crean sus héroes y se construye y reconstruye su historia; en la que el grupo de arquitectos educados en la Academia de San Carlos y después en la Escuela Nacional de Arquitectura tuvo cabida y activa participación con sus obras y argumentos.

La variable indígena de lo mestizo es el punto clave de los capítulos “Las manos indígenas de la raza española” y “La inverosimilitud de la antigüedad prehispánica”. En ellos se entrelazan la ideología, las redes sociales y la cultura compartida de los actores ubicados, principalmente, en tres de las instituciones en las que recayó, entre otras, la construcción del imaginario indígena—que no es lo mismo que las políticas implementadas hacia los indígenas— y su papel en la definición de la nación, a saber: la Academia de San Carlos, el Museo Nacional de Arqueología e Historia, y la Escuela Nacional Preparatoria. Los conceptos empleados por algunos protagonistas en conferencias y escritos, como lo fue el arquitecto Nicolás Mariscal, son presentados en comparación con otros, los de Jesús Díaz de León por ejemplo, para evidenciar que aunque se refirieron al mismo tema y con términos semejantes, sus miradas divergen tanto como sus fuentes disciplinarias; no es lo mismo pensar identidad desde la arqueología que desde la antropología. Por demás interesante es el acercamiento al imaginario prehispánico que se plasma en las pinturas modernas de finales del siglo XIX en contraposición con el que los arquitectos emplean para los monumentos conmemorativos de la raza indígena en esos mismos años. De esta forma es visualizado el célebre Monumento a Cuauhtémoc que desde 1887 adorna al Paseo de la Reforma de la capital, del escultor Leonardo Noriega y del ingeniero Francisco M. Jiménez, una muestra evidente de la imposibilidad de la arquitectura prehispánica de mostrarse verdadera ante los requerimientos de la arquitectura moderna.

El otro ingrediente del mestizaje, lo español o hispánico, es tratado en el capítulo “El otro”. Mediante un recorrido breve pero representativo de las ideas que ven en lo español, o lo que

nos ha despojado de identidad, o lo que nos la proporciona, la autora nos adentra en el complicado mundo de las representaciones mexicanas que lo consideran. De ahí el indispensable detenimiento en la arquitectura neocolonial promovida por el gobierno y por particulares en los primeros años de la década de 1920. Una posibilidad entre otras de expresión moderna de la mexicanidad, al igual que la arquitectura neoprehispánica. La significación cultural de estas dos corrientes, en consonancia con los compromisos políticos de los arquitectos para con las élites que se dieron a la reconstrucción nacional, es analizada como asunto de construcción de identidades y no como problema estético, como suele interpretársele en las historiografías, una interpretación bastante “simplista”, a consideración de la doctora.

Por último, “El lenguaje del caos” nos ubica en el tiempo de las vanguardias artísticas del siglo xx y las posturas adoptadas por intelectuales y artistas alrededor de ellas. En cómo los arquitectos mexicanos, y europeos también, se compenetran en ellas revelándoseles la gran paradoja que la modernidad conlleva, la existencia de una tradición. ¿Qué hacer con la tradición? Pregunta varias veces explorada en la teoría e historia de la arquitectura, tanto por los protagonistas como por los estudiosos, pero pocas veces llevada hasta las consecuencias que la autora trata: una noción que descansa sobre bases etnológicas, que reconceptualiza a la raza indígena, con una dosis de antropología cultural, atenta a la figura del pueblo, entrelazada con las políticas populares de los gobiernos revolucionarios. Lo que ha derivado en que, desde las postrimerías del cardenismo, se piense nación asociada a las nociones de tradición-indio-pueblo. Con ello pone en evidencia la existencia de una creencia de reciente factura, de 80 años a lo más, y no de una esencia que siempre haya permanecido en la cultura mexicana.

Son de llamar la atención en este capítulo los señalamientos a las Pláticas del 33 —una serie de conferencias a las que la So-

ciudad de Arquitectos Mexicanos convocó para discutir el fenómeno del funcionalismo en arquitectura en 1933— que hacen patente que lo que se estaba discutiendo en ellas no era tanto el reto entre dos generaciones que se presentaban opuestas, anticuada y moderna, o dos posturas estéticas antagónicas, academicista contra nacionalista, sino el papel y el lugar político desde donde actuarían los arquitectos. De ahí la enorme fractura que se produjo en el gremio y la reinterpretación de los conceptos que se expusieron en ese hecho, efectos que fueron transmitidos a la experiencia historiográfica desde entonces. En gran medida es la intención de este capítulo demostrar que el significado de los conceptos es el resultado de “un proceso de reconfiguración de imaginarios”, dinámico, variable y mutante, y no esencias inmutables en el tiempo.

Después de leer *Las manos indígenas* surge la necesidad de revisar las explicaciones que circulan alrededor de la cultura mexicana, incluidas las de arquitectura. Si detrás de ellas no se halla implícita la idea de mestizaje que la autora señala con todas sus implicaciones, misma que también podría hallarse, y por extensión, en las que abordan América Latina y en la corriente posmoderna del “regionalismo”, tan en boga actualmente en arquitectura.

El libro antepone la duda y el cuestionamiento, como bien expresa Enrique de Anda en el prólogo, a cualquier categorización. Se apoya en las ideas prevalecientes en el siglo XIX y principios del XX pero no pretende su reconstrucción histórica, sino un recorrido por las que contemplan al mestizaje como argumento de identidad. Por esto puede considerarse un libro teórico de la arquitectura, pero no en el sentido de la teoría de la arquitectura tradicional, la que se pregunta por el qué es. Todo lo contrario. Si algo motiva la escritura de este libro es la de-construcción de esencias. Es un categórico “no” a pensar “lo mexicano”, o cualquier otra noción, con base en ellas, y en esta medida, el libro es un ejemplo de la renovación teórica de nuestra arquitectura.

Cada actor, estilo o corriente de pensamiento son revisados bajo la lupa de los mapas mentales y de sus ubicaciones espacio temporales haciendo interactuar a arquitectos como los hermanos Mariscal, Nicolás y Federico, Manuel Amábilis, Jesús Tito Acevedo, Alfonso Pallares, José Villagrán, Enrique del Moral, Alberto T. Arai, entre otros, con teóricos como Eugéne Viollet le Duc, A.W.N. Pugin, John Ruskin, Adolf Loos, Le Corbusier. Y éstos a su vez con los autores de las historias de la arquitectura mexicana del siglo xx que han abierto capítulos al nacionalismo y a las identidades, Ernesto Alva, Antonio Toca, Ramón Vargas Salguero, Antonio Méndez Vigatá y el mismo Enrique Xavier de Anda Alanís.

Este último, autor de *La arquitectura de la Revolución mexicana* (UNAM, primera edición 1990), *Historia de la arquitectura mexicana* (Gustavo Gili, 1995) y *Vivienda colectiva de la modernidad en México: los multifamiliares en el periodo presidencial de Miguel Alemán* (IIE, 2008), entre otras publicaciones, reconoce que el trabajo de Johanna Lozoya renueva las plataformas de exploración al observar las fisuras que siempre hay en las explicaciones humanistas y que pone a debate el método de una búsqueda de identidad efectivo para la historiografía de la arquitectura del siglo xxi. De la metodología, señala, además, que aplica un continuo desmontaje de definiciones que al rearmarlas de nuevo, y en el proceso, ilumina “aspectos poco visibles en los recorridos anteriores a los mismos horizontes”.

Quien se acerque a *Las manos indígenas de la raza española. El mestizaje como argumento arquitectónico* encontrará un mundo de paradojas a las cuales nos han conducido las historias preocupadas por la identidad, encontrará un tema muy sugestivo abordado con agilidad y simultaneidad a otras cuestiones culturales, y probablemente encontrará algunas respuestas a los múltiples olvidos historiográficos, pero ante todo, encontrará una revitalizadora lectura del pasado, necesaria ahora, para

comprender el presente. Y para ello, nada mejor que la voz de la autora:

Pensemos entonces en la inviabilidad para el siglo XXI de una historia arquitectónica esencialista que sólo tiene sentido entre los nacionalistas radicales, en los grandes relatos del Estado nación del siglo XIX o en las ficciones literarias que, como *El laberinto de la soledad*, le afirman, no en el mundo de las ideas sino en el de las creencias. Concedamos, al menos por un momento, que toda identidad es una invención.

Lourdes Díaz

*Universidad Nacional Autónoma de México*